

# 1

Cuando era niño, mis padres y maestros me hablaban de un hombre muy fuerte. Me contaban que podía destruir el mundo. Me contaban que podía levantar montañas. Me contaban que podía abrir el mar. Era importante tener contento a ese hombre. Cuando hacíamos lo que el hombre había ordenado, el hombre estaba contento con nosotros. Estaba tan contento que mataba a todo aquel que nos era hostil. Pero cuando no hacíamos lo que nos ordenaba, entonces no estaba contento con nosotros. Nos odiaba. Había días que nos odiaba tanto que nos mataba; otros días dejaba que fueran los demás quienes nos mataran. A esos días los llamábamos «festivos». Durante el Purim, recordábamos que los persas habían intentado matarnos. Durante la Pascua, recordábamos que los egipcios habían intentado matarnos. Durante la Jánuca, recordábamos que los griegos habían intentado matarnos.

—Bendito sea el Señor, rezábamos.

Y por duros que pudieran ser esos castigos, no eran nada comparados con los castigos que nos administraba él mismo. Se declaraban hambrunas. Había inundaciones. Había terribles venganzas. Hitler quizá matara a los judíos, pero ese hombre ahogó el mundo entero. Ésta era la canción que cantábamos en la guardería.

Dios está aquí,  
Dios está allí.  
¡Dios está en verdad  
en todas partes!

Luego un piscolabis y un sueñecito agitado.

Me criaron como si fuera un ternero en la población judía ortodoxa de Monsey, Nueva York, donde estaba prohibido comer ternera acompañada de productos lácteos. Si habías comido ternera, no podías comer ningún producto lácteo durante seis horas; si habías comido algún producto lácteo, no podías comer ternera durante tres horas. Comer cerdo estaba prohibido siempre, o al menos hasta que llegara el Mesías; en ese momento, nos había enseñado el rabino Napier en cuarto, los malvados serían castigados, los muertos resucitarían y los cerdos se volverían kosher.

—¡*Yeah!*!, decía yo, chocando esos cinco con mi mejor amigo, Dov.

—Espero que tengas el mismo entusiasmo el Día del Juicio Divino, decía el rabino Napier, asomando los ojos disgustado por encima de sus gafas de gruesa montura de concha.

Los habitantes de Monsey Le tenían terror a Dios, y me enseñaron a que yo también se lo tuviera: me hablaron de una mujer llamada Sara que se reía tontamente, de manera que Él la hizo estéril; de un hombre llamado Job que estaba triste y se preguntaba «*Por qué?*», de manera que Dios bajó a la tierra, agarró a Job por el cuello de su vestimenta y le berreó: «*¿Quién cojones crees que eres?*»; de un hombre llamado Moisés que se escapó de Egipto y anduvo vagando por el desierto durante cuarenta años en busca de la Tierra Prometida, y al que Dios mató antes de alcanzarla —cayó de morros a un metro de la meta— porque Moisés había pecado una vez cuarenta años antes. ¿Y qué había hecho mal? Darle un golpe a una roca. Y

así, a primeros de otoño, cuando las hojas invadían las calles, cambiaban de color y se encaminaban a su muerte, la gente de Monsey se reunía en las sinagogas de toda la población y se preguntaba, en voz alta y al unísono, cómo Dios iba a matarlos.

—Quién vivirá y quién morirá, rezaban, quién a la hora predestinada y quién antes de esa hora, quién por el agua y quién por el fuego, quién por la espada, quién por fiera, quién por hambruna, quién por sed, quién por tormenta, quién por plaga, quién por estrangulación y quién por lapidación.

Luego un piscolabis y un sueñecito agitado.

Es lunes por la mañana, seis semanas después de que mi esposa y yo nos hayamos enterado de que está embarazada de nuestro primer hijo, y estoy parado en un semáforo. El chaval no tiene ninguna oportunidad. Es un truco. Conozco a este Dios; sé cómo actúa. Mi mujer tendrá un aborto, o el niño morirá en el parto, o mi esposa morirá en el parto, o los dos morirán en el parto, o ninguno de los dos morirá y yo pensaré que ha pasado el peligro, y cuando salgamos del hospital y los lleve a casa chocaremos de frente con un conductor borracho y los dos, mi mujer y mi hijo, morirán en urgencias al final del mismo pasillo donde estaba la habitación en la que minutos antes estábamos tan felices y vivos y llenos de esperanzas.

Eso sería tan típico de Dios.

Los profesores de mi juventud han muerto, mis padres son viejos y casi no nos vemos. El hombre del que me hablaban, sin embargo, sigue dando guerra. No me Lo puedo quitar de encima. Leo a Spinoza. Leo a Nietzsche. Leo el *National Lampoon*.<sup>\*</sup> Todo es inútil. Vivo con Él cada día, y he aquí que

\* Una alocada revista de humor estadounidense fundada en los años setenta. (N. del t.)

todavía está enfadado, todavía es vengativo, todavía —eternamente— está cabreado.

—El hombre propone, decían mis padres, y Dios se carcajea.

—Cuando menos lo esperes, advertían mis profesores, espéralo.

Y eso es lo que hago. A lo largo de todo el día, en mi mente se proyecta un festival de cine de terror que nunca acaba, mi propio Grand Guignol. No pasa una hora del día en que no me asalte una de esas truculentas y horrorosas fantasías de muerte, angustia y tortura. Cuando voy por la calle, cuando compro en la tienda, cuando lleno la camioneta de gasolina; los amigos mueren, los seres amados son asesinados, los animales domésticos son atropellados por camiones de reparto y mueren.

Más adelante, pasado el cruce donde la carretera dobla bruscamente a la derecha, los coches aminoran, las luces de frenado se encienden y al doblar la curva desaparecen. Un accidente, imagino, y me imagino que cuando paso por al lado, «Capullo», criticaré al conductor, «ya deberías saber que por aquí no hay que ir tan deprisa...», reconozco el coche. Es un Nissan negro. «Parece el de Orli...». Y entonces veo a mi mujer detrás del volante, aplastada, ensangrentada, la cabeza hacia atrás, la lengua fuera. Está muerta. A veces acabo llorando; si es uno de esos días en los que me detesto podría ser capaz, como un fotógrafo de Reuters, de colocar un juguete en su regazo empapado de sangre, o una caja envuelta con papel de regalo de muchos colores sobre el salpicadero, justo encima del lugar donde su cabeza ha impactado.

Exterior|Día, un poco después. Estoy sentado sobre la barrera de protección de la carretera, inconsolable.

—Aún es usted joven, dice un agente de policía. Tiene toda la vida por delante.

—Estaba embarazada, susurro.

Primer plano de la cara del agente, un tipo duro. Lo ha visto todo. Pero esto...

Una lágrima le rueda por la mejilla.

*Fin.*

Nuestro bebé aún no nacido es la nueva estrella de mis películas de terror. Sólo han pasado seis semanas desde la concepción y ya está deformé, trastornado, enfermo, abortado, mal diagnosticado, han creído que tenía un tumor y le han dado radioterapia, se le han sentado encima, han chocado con él, ha quedado empalado mientras, mal aconsejados, practicábamos el sexo al final del embarazo, o ha quedado recocido porque Orli se ha dormido en un baño de vapor.

—¿Ya sabes lo que haces?, le pregunté cuando se sumergió en la bañera con un suspiro. Parece un poco caliente.

—Sal, me dijo.

Pasé el dedo por el vapor que se había formado en el cristal de la ducha.

—No hace falta que Se lo pongas fácil, dije.

—SAL.

De joven, me decían que cuando muriera y fuera al Cielo los ángeles me llevarían a un inmenso museo lleno de cuadros que nunca había visto, cuadros que habrían sido creados por todos los espermatozoides artísticos que había desperdiciado en mi vida. A continuación los ángeles me llevarían a una enorme biblioteca llena de libros que nunca había leído, libros que habrían sido escritos por todos los prolíficos espermatozoides que había desperdiciado en mi vida. A continuación los ángeles me llevarían a una enorme casa de oración, llena de cientos de miles de judíos que rezaban y estudiaban, judíos que habrían nacido si yo no los hubiera matado, no los hubiera desperdiciado, no los hubiera limpiado con un calcetín sucio durante el repugnante fracaso de mi despreciable vida (hay más o menos cincuenta millones de espermatozoides en cada eya-

culación; lo que hace un total de nueve Holocaustos en cada paja. Yo estaba alcanzando la pubertad cuando me lo contaron, o la pubertad me estaba alcanzando a mí, y cometía ese genocidio, de media, tres o cuatro veces al día). Me contaban que, cuando muriera y fuera al Cielo, me hervirían vivo en unas inmensas tinas con todo el semen que había desperdiciado en mi vida. Me contaban que, cuando muriera y fuera al Cielo, todas las armas de todos los espermatozoides que había desperdiciado en mi vida me perseguirían por el firmamento a lo largo de toda la eternidad. No hace falta que te ordenen para jugar a este juego —¡vamos, inténtalo!—, todo lo que necesitas es terror, estar ávido de sangre y apreciar la ironía violenta y horripilante. Para mí, lo irónico sería que Dios pusiese a todos los espermatozoides saludables, perfectos y con talento en las primeras eyaculaciones de la vida del hombre —la futura recompensa de ese hombre por el control que ha ejercido sobre sus repugnantes presiones—, y que, a medida que pasan los años y eyacula una y otra vez (y otra vez y otra y otra), la calidad del esperma caiga en picado. Para cuando llego yo, todo lo que queda son los defectuosos: los bizcos, los que tienen los dientes de arriba salidos, los que tienen los dientes de abajo salidos, los que tienen los dientes montados, los que tienen los dedos de los pies con membrana, los que tienen los dedos de las manos con membrana, los idiotas, los vagos, los criminales, los imbéciles, los cretinos, los bobos, los gilipollas. Eso sería tan típico de Dios.

Estaba en mi despacho, trabajando en unos relatos de no ficción, cuando Orli me llamó para darme la noticia.

—¡Estoy embarazada!, gritó.

Nos besamos, lloramos, nos abrazamos muy fuerte; ella, supongo, pensando en cintas rosa, nanas y botitas de bebé, mientras yo me veía arrodillado junto a una cama de la maternidad, sollozando, madre e hijo muertos.

—Esto casi nunca sucede, diría la enfermera, sacándose los guantes ensangrentados y arrojándolos a la papelera.

Me da unas palmaditas en el hombro y yo levanto la vista. Nuestras miradas se encuentran. Ella arruga la nariz.

—Vamos a necesitar la habitación, cielo, dice.

Los relatos en los que estaba trabajando eran sobre mi vida bajo la férula de un dios abusivo y beligerante, un dios que hace miles de años se levantó en el firmamento con el pie izquierdo y todavía no se ha recuperado. Título provisional: «Dios camina a mi lado apuntándome en las costillas con un .45».

Ya había escrito más de trescientas cincuenta páginas.

—Salgamos esta noche, dijo Orli, vamos a celebrarlo.

Nos besamos, nos abrazamos, lloramos un poco más y en cuanto Orli se hubo marchado, me senté en el ordenador, suspiré y arroje las trescientas cincuenta páginas de mis relatos a la papelera del ordenador.

«¿Está seguro de que desea eliminar este archivo de forma permanente?», me preguntó el ordenador. «Esta acción no se puede deshacer.»

Estaba seguro.

No hacía falta provocarLe. Llevaba demasiado tiempo en el tablero de ajedrez de Dios como para saber que cada movimiento hacia adelante, cada buena noticia —¡Éxito! ¡Matrimonio! ¡Hijo!— no es más que otro gambito Divino, un fingimiento, una simulación, un truco; parece que estoy avanzando por el tablero, pero Dios no tarda en decir jaque, y todos los que van conmigo sucumben, la esposa muere, el bebé se asfixia. La jugada magistral de Dios. Su versión de «Ven a las cuerdas y verás cuando bajes la guardia». Dios estaba aquí, Dios estaba allí, Dios estaba en todas partes.

—Te estoy diciendo, afirma el Ratón A, que ese puto queso es una trampa.

—¿Quieres callarte?, gime el Ratón B. Eres tan pesi-zzzzap.

Me pregunto si al tener un bebé sólo estoy cayendo en su trampa —la de Dios, la de mi familia, la de Abraham, la de Isaac, la de José— para proseguir el ciclo de llevar otro hijo al altar. «Creced y multiplicaos, dice el Señor, y Yo Me encargaré del resto.»

El semáforo sigue en rojo, y mi mente sigue fantaseando. Fantasea que entra en el cementerio, sigue hasta el depósito de cadáveres, llega hasta Berger-Belsen:

Algo le pasa al bebé.

Pero ahora, en este mismo momento, mientras estoy sentado delante del semáforo, enroscándome en el dedo un pelo rebelde de las cejas y hurgando en la envoltura de goma del volante, algo que hay en el interior de mi niño no nacido no se está desarrollando como es debido: ese algo no está obteniendo lo suficiente de lo que sea, ese lo que sea no está obteniendo lo suficiente de otra cosa, hay una célula que no consigue dividirse mientras que otra célula se divide demasiado.

Hace unos días retomé mis relatos sobre Dios. Estoy apurando mi suerte, lo sé, pero si este niño consigue vivir, quiero que él o ella sepa cuáles son mis orígenes, por qué no le he enseñado lo que ellos me enseñaron a mí, por qué, tal como lo expresó mi madre en uno de sus últimos e-mails, he abandonado a mi pueblo. Sé que Dios conoce lo que he escrito hasta ahora, y sé que Él sabe que está quedando como un gilipollas. También sabe que cuando yo acabe habrá quedado mucho peor, y está haciendo todo lo que puede para impedirme terminar. ¿Matarme? Demasiado obvio. ¿Asesinar al niño para el que estoy escribiendo el libro? Eso sería típico de Dios. Imagino que existe un alto edificio negro en lo que es el centro del cielo —un montón de acero y cemento, todo muy empresarial, con una plaza para fumadores delante de una cafetería en la tercera planta—, un edificio que es la sede universal del Departamento de Castigación Irónica de Dios, el lugar donde se dedican

tan sólo a elaborar esta clase de giro argumental hilarante. Es donde van los escritores cuando mueren —los novelistas, los poetas, los guionistas de series de televisión, los comediantes de club—, a un escritorio de acero y a una silla dura en un diminuto cubículo del DCI, donde todo relato humano necesita su propio final original, pero donde todo final es satisfactoriamente el mismo: horrible.

El conductor que hay detrás de mí hace sonar el claxon. El semáforo se ha puesto verde. Doblo la curva en la que los coches han estado aminorando la velocidad para adelantar a un tipo que corre a paso de tortuga por el lateral de la carretera. No hay ningún accidente, ni esposa muerta. Todavía no, de todos modos, no hoy. Sigo conduciendo, aliviado por un instante, pero sólo por un instante, antes de imaginarme que ese tipo que corre es mi amigo Roy, y que en cuanto salga de esta carretera para tomar otra, Roy, que ha quedado detrás de mí, será atropellado por un camión y morirá. Un camión de reparto. Un camión de reparto que se dirige a casa de Roy. Que le lleva —espera— su pornografía. «Ja-ja», se reirán en el DCI, «así aprenderá». Alguien conseguirá un aumento de sueldo. Habrá tarta en la cafetería. Si te he conocido y me has caído bien, te he imaginado muerto, decapitado, descuartizado.

—Te estás castigando, dice Ike.

Ike es mi psiquiatra.

—Lo sé, contesto.

—No has hecho nada malo, dice.

—Lo sé, contesto.

Ike dice algo más, pero no lo escucho. Me imagino la llamada de su sollozante esposa.

—Ike ha muerto, dice.

—Lo sé, contesto.

Y se cómo:

De una manera horrible.

